

C u a d e r n i l l o
d e P o e s í a
C o l o m b i a n a

No. 60

José Joaquín Ortiz

Ediciones de
Universidad Pontificia Bolivariana

JOSE JOAQUIN ORTIZ

Por Rafael Maya

José Joaquín Ortiz pertenece a una de las más gloriosas generaciones colombianas. Nacido durante la época llamada "del terror", cuando los "pacificadores" españoles fusilaban a los patriotas neogranadinos, por el delito de "insurgencia", tocóle después asistir al nacimiento de la libertad y contemplar a Bolívar envuelto en los resplandores del iris, después de haber roto las cadenas del coloniaje. Muy niño presencié la batalla del Pantano de Vargas, que dejó indeleble recuerdo en su imaginación. Fue testigo de la apoteosis de Bolívar, y posteriormente del ocaso del Libertador, al que precedió el sombrío atentado de la noche septembrina, cuando el velo del santuario patrio se rasgó de arriba abajo, como en la hora del Calvario, y salieron de sus sepulcros las sombras vengativas de miles de soldados muertos por la libertad. Cerrado el ciclo épico y consolidada la república, Ortiz se dedicó a las pacíficas y fecundas labores del magisterio. Publicó varias obras de carácter pedagógico y consagró al periodismo de combate, principalmente como defensor de los fueros de la Iglesia católica, las luces de su inteligencia y las mejores energías de su carácter. Sólo la muerte lo obligó a soltar la pluma, que cayó confundida con el crucifijo que hubo de consolar la agonía. Fue un varón ejemplar en todo sentido. Hay, en torno de su figura, una aureola de patriarcal dignidad que históricamente lo identifica entre la multitud de sus contemporáneos. El elemento criollo y la ascendencia hispana hicieron de él un tipo completo de americano. Sirvió a su patria sin renegar de ninguna de las tradiciones que había recibido de la tierra de sus mayores.

Como poeta ofrece dos fases distintas, y algo así como dos personalidades que se suman armónicamente en el crisol de su carácter. Es, por excelencia, el cantor de las glorias patrias. Bolívar, la Bandera colombiana, las batallas de la Independencia, conmovieron su fantasía hasta el arrebatado, y prestaron a su inspiración arranques sublimes. No fue, con todo, absolutamente dueño de su numen, y

pagó tributo al género épico, exornando sus grandes poemas con muchas de las expresiones comunes a esa escuela. Estas son las partes que hoy nos parecen un poco desgastadas, así como acontece con los pendones de los museos, en los cuales la seda invicta contrasta con el oro desflechado de los emblemas. También celebró Ortiz, con efusión patriótica, la reconciliación de las Colonias con la Madre España, una vez extinguidos los naturales resentimientos que dejaron las guerras de Independencia. Los versos que escribió a este propósito tienen toda la solemnidad de un pacto por medio del cual dos pueblos reanudan su amistad, fundada en triple vínculo, para enfrentarse a la historia.

Otro aspecto de la personalidad poética de Ortiz es el de cantor de la naturaleza. La influencia de Chateaubriand, que se hace sentir en todos los poetas y prosistas de la era romántica en Colombia, es muy notoria en el poeta de Tunja. El autor de "Atala" le prestó a Ortiz esa como melancolía religiosa que se hace sentir en algunos de los poemas de su última época, principalmente en el llamado "La Última Luz". Estos poemas se hallan impregnados de cierta grave majestad ante la cual parecen vanos los placeres que produce la lectura de otra clase de poesía, menos llena del misterio de la naturaleza, y de la majestad que fluye de los grandes fenómenos del mundo físico, como la presencia de la noche o la llegada del amanecer. Ortiz siente todo esto con pasmosa intensidad, y sabe relacionarlo con las más profundas emociones de su ánimo. Tiene del mundo exterior una especie de intuición religiosa propia de los antiguos druidas. Para usar la consabida expresión, es un sacerdote de la naturaleza. La muerte, en toda la trascendencia de su significado metafísico, pasa por las estrofas de Ortiz arrastrando consigo polvo de la tierra y estrellas del firmamento, para caer rendida ante la evidencia de Dios. Ortiz, al exaltar los grandes valores del patriotismo, de la religión y de la naturaleza, simboliza lo mejor de la patria y vincula su porvenir a ese conjunto de nobles y de sagradas tradiciones.

LA BANDERA COLOMBIANA

¿No oís? Es cual la voz del gran torrente,
con las lluvias de Dios acrecentado,
que baja de los Andes despeñado,
raudo, tremendo, asordador, rugiente.
¿No oís más cerca ya? Se une a los ecos
el ruido de música guerrera
que, en alas de los vientos desatado,
colma el ámbito inmenso de la esfera.
Pero ved más allá cómo se avanza,
entre un bosque de aceros refulgente,
que del sol a los rayos reverbera,
del pueblo entre la ola,
al firmamento azul enhiesta y sola,
de nuestra Patria la inmortal bandera.
Y sube al Capitolio, y los clarines
sueltan su aguda voz; retumba el trueno
del cañón en los últimos confines.
¡Oh! ¡salve a ti, magnífica y sublime,
ungida con la sangre de los bravos
muertos en la pelea!
¡Oh! ¡salve a ti, quemada por el fuego
de las contrarias huestes;
tú, poder, gloria y de la Patria idea!
¡Oh! la bandera de la Patria es santa,
flote en las manos que flotare; ora
volviendo vencedora, entre lluvia de flores
al són del himno que su gloria canta,
o de la adversa lid acaso vuelva...
¡Oh! ¡de la Patria la bandera es santa!
Y si hay un ciudadano que, pensando
en el secreto de su alma, diga:
“¡Está en indignas manos!” ese puede
a su madre negar en su ira insana;
no tiene corazón, y entre sus venas
empobreció la sangre colombiana.

Cuando lanzar un pueblo Dios dispone
en la espléndida senda de la Historia,
da la señal de marcha; y en la mano
de sus caudillos pone
el pendón que ha de guiarlo, cual un día
mandó sobre Jacob la parda nube;
que, flotando en el aire,
fue en el Desierto misteriosa guía;
y en el velo que al sol en onda suave
desarrollan los céfiros, escribe

con invisible dedo y caracteres
arcanos, que leer tan sólo él sabe
cuál su rumbo será, si habrá bonanza,
qué tempestad vendrá, la hora de gloria,
la hora del cautiverio,
la del rescate y de la gran victoria.

Puso en una las águilas caudales
del claro, inmenso cielo emperatrices;
un hacecillo en otra de los rayos
que procelosa nube al mundo lanza,
y en otra derramó de oro las lises,
como emblema de fuerza o de esperanza,
o de denominación o de ruina.

Así a la verde Erina
dio el arpa gemidora,
alto dón al que pena y al que llora;
y puso por presagio al gran destino
que reservó a la Iglesia,
sobre el delgado lino
que al vendaval de tempestad se mueve
o al tenue soplo de favonio suave,
y en que juntó al vellón de pura nieve
un rayo de la frente de la Aurora,
del Pescador la milagrosa nave.

Y cuando crió a Colombia, generoso
rasgó un girón del iris radioso
que tras la tempestad alegre al mundo,
y lo entregó a Bolívar; y Bolívar
de triunfo en triunfo lo llevó, de donde
Orinoco se lanza al mar profundo
a donde el Potosí su nivea cumbre
en la región del firmamento esconde.

Mas árbitras se juzgan,
dueñas de sus destinos las Naciones.
Creen que cuando baja la Victoria
a coronar sus fuertes campeones,
suyo es el triunfo y la victoria suya;
mas ¡ay! que ignoran ellas
que la secreta tela de su historia
se teje entre las manos invisibles
del que es Señor del mundo y las estrellas.

Dios fue quien a las águilas romanas
de ciudad en ciudad llevó volando
en los antiguos días
hasta el confín del orbe, preparando
la paz universal a su Mesías:

Dios quien hizo salir de las regiones
al aterido polo más cercanas,
de bárbaros innúmeras legiones,
y al mediodía encaminólas cuando
quiso purgar la tierra
con la espantosa plaga de la guerra.
Y cuando, lleno de clemencia, quiso
dar una muestra de su amor profundo
mostrándo al Viejo Mundo
este, hasta allí, velado Paraíso,
llamó a Colón, y le mostró la senda
de América al confín del Oceano,
al través de las nieblas y huracanes
y tempestad tremenda;
y Colón obediente,
venciendo el ciego caos
cruzó el férvido Atlántico animoso
en tres frágiles naos,
y el pendón de Castilla glorioso
plantó al fin en la tierra de Occidente.

Dios sacó de la inmensa muchedumbre
de nuestra tierra un hombre
que distinguió entre todos: era un mundo
de nobles pensamientos su cabeza;
su espíritu, tesoro inagotable
de fuerza y voluntad: él conocía
del corazón de los demás las sendas,
y elocuente sabía
cómo hacer poderosa su palabra;
y así, cuando de golpe aparecía
en medio del combate, del soldado
el pecho palpitaba, cual si viera
o la faz de su madre placentera
o el bello rostro del objeto amado.

El se llamó Bolívar, y do quiera
fue símbolo del pueblo, en la batalla
y bajo del dosel, y hasta que a orillas
del mar ferviente halló la paz que sólo
en el silencio de la tumba se halla.
De su caballo al escucharse el trote
temblaba el corazón, y a los reflejos
de su fulmíneo acero se cubrían
de palidez las frentes, y do quiera
que rápido pasaba, la Victoria
derramaba laurel en su bandera.
Soplaba; el yerto polvo de las fosas
del esclavo tornábase fecundo;

y tres grandes Naciones de repente
se alzaron de él, de gloria radiosas,
con pasmo universal de todo el mundo.
Murió; y callaron los heroicos hechos,
mas como el sol tras la última colina
del Occidente azul su disco inclina
y cae en un abismo de oro y llama;
y enmudeció la trompa de la Fama,
y tan grande vacío hubo en la Historia
que colmarse hasta ahora no ha podido
ni en patriotismo, ni en valor, ni en gloria.

Su portentosa vida,
de excelso honor y de dolor tejida,
será en edad lejana
la mayor epopeya americana.
Las lirras de los bardos
que lloren la tristísima elegía
bajo los sauces de su tumba fría
inmortales se harán, pues su alto ejemplo
tal reguero de luz deja, que nadie
se atreverá a seguir sus nobles huellas
de la inmortalidad al santo templo.

El amaba la Patria; mas la Patria
no era sólo para él la hermosa tierra
que, como un velo,
arropa el combo cielo,
y reverente encierra
las cunas de los hijos y las tumbas
de nuestros padres caras;
que en su seno también firmes reposan
de nuestro Dios las bendecidas aras:
y fue así como en su hora soberana,
pronto a dejar el mundo,
se envolvió en la bandera colombiana,
y con amor profundo
pronunció lleno de esperanza el nombre
de que murió por libertad al hombre.

LA SEPULTURA DEL GUERRILLERO

En silencio marchábamos, trepando
del agrio monte hasta la cumbre llana,
e iba nuestro camino iluminando
el primer esplendor de la mañana.

Sobre un lecho de ramas vacilante
con la bandera blanco-azul cubierto,
al hombro va el cadáver adelante
de un joven en la lucha de ayer muerto.

Y con las luces de la aurora inciertas
veíamos abajo silencioso
a Guasca estar, y alrededor cubiertas
sus dehesas de césped oloroso;

y más abajo el río que desata
su espumoso raudal; y parecía
cinta de perlas y bullente plata
serpenteando entre la negra umbría;

y más lejos, en lo último del llano,
blanquear de toldos apiñado grumo,
y alzarse en ondas por el aire vano
del enemigo campamento el humo;

y en el confín del último horizonte,
reverberando al sol, alzar su cima
sobre un monte, y un monte y otro monte
la pirámide excelsa del Tolima.

Llegamos de la cumbre a una meseta,
que era el lugar por la amistad marcado
para dar sepultura en la secreta
soledad al guerrero desgraciado.

Sobre un lecho de angélica y mastranto
depusieron al fin el cuerpo inerte;
y al rededor nosotros entre tanto
hacíamos la vela de la muerte.

Lo contemplamos en silencio; había
muerto en la flor de edad bella y lozana;
¡así acababa tan risueño día,
antes de que pasara la mañana!

Negros, largos bajaban por la frente,
blanca como la cera, los cabellos;
y ver una sonrisa dulcemente
nos parecía entre sus labios bellos.

Sin la herida mortal, profunda y ancha
que desgarró su corazón altivo,
y sin la sangre que su cuerpo mancha,
se pudiera juzgar que estaba vivo.

Rendido sólo por la cruda muerte,
mas no vencido en la batalla fiera,
caído como cae el varón fuerte,
por defenderla, al pie de su bandera.

¡Oh lamentable escena! cuatro amigos
la tumba abriendo del amigo muerto,
sin cánticos, ni pompa, sin testigos,
en lo más escondido del desierto;

y en la tierra y el cielo todo en calma
en esa virginal naturaleza,
y sólo agitación en nuestra alma
y el dolor rencoroso en su tristeza.

Ni una voz en el páramo, ni el grito
de un ave que rasgara el vago viento;
mudo el espacio, diáfano, infinito,
y silencioso el ancho firmamento.

¡Ah! ¿qué éramos allí, pobres mortales
grandes por el dolor únicamente?
Un átomo perdido en los raudales
de aquella inmensidad omnipotente.

Y luégo que nuestra obra terminamos,
y estuvo abierta la profunda huesa,
sus restos con amor después bajamos,
con el respeto de amistad piadosa;

y alzando a Cristo súplicas sinceras
porque acoja su espíritu afligido,
en su frente de veinte primaveras
la tierra echamos del eterno olvido.

Con dos toscos maderos mal trabados
una rústica cruz después hicimos,
y cual memoria de tan tristes hados,
sobre su sepultura la pusimos.

Vueltos luégo al oriente, donde el alba
con sus rosas de oro relucía,
por toda despedida hizo una salva
aquella nuestra triste compañía.

¡Descansa al fin en paz en este suelo,
que el tuyo no es, oh joven desgraciado,
tú que no recibiste ni el consuelo
del abrazo materno regalado!

¡Duerme por siempre al son de estos torrentes
y de la blanda brisa a los rumores,
a la luz de los astros esplendentes,
en tu lecho de hierbas y de flores!

Muchos hicieron antes lo que hiciste:
fuerte lidiar con generoso pecho;
¡ninguno más que tú, pues que moriste
por tu Dios, por tu patria y tu derecho!

LA ULTIMA LUZ

Cuando del firmamento la armonía
desaparezca de los ojos míos,
cansados de verter amargo llanto;
cuando ya en mis oídos no resuene
dulce rumor de bosques y de ríos,
ni de las aves el alegre canto;
¡ay! cuando pase a vida más tranquila,
de nuestros bosques por los hondos huecos
¡qué tristemente gemirán los ecos!
Vosotras, prendas de mi vida, entonces
no vayáis a llorar sobre mi suerte;
que el brillo de la vida verdadera
ilumina las puertas de la muerte.

¡Vientos que llevaréis en vuestras alas
el alma atribulada del poeta
a la región desconocida en donde
de los mortales el final destino
entre pasmosa oscuridad se esconde:
¡Ya os oigo lejos resonar! Ahora
sentado al borde de mi tumba, espero
a que raye la aurora en el oriente
y al mar occidental caiga la luna,

entonando las santas oraciones
con que mi madre remeció mi cuna.

Así aguarda el marino
parado de su nave en la alta popa,
con el oído atento,
a ver si sopla favorable el viento
para soltar al vagoroso lino
y entregar a las ondas su destino.
¡Oh! dichoso el mortal que, atrás dejando
de la borrasca la tupida bruma,
logra tocar el suspirado puerto,
aunque salga cubierto
del fiero mar con la salada espuma;
y doblar exultante la rodilla
y besando la orilla
clamar: ¡Al fin te tengo y para siempre,
tierra de libertad! En tu regazo
al fin habré de reposar tranquilo
del Sumo Bien en el amante abrazo!

Pero mi infancia ¡oh celestial aurora!
¡de la vida lucientes ilusiones,
que poseéis la fuerza seductora
de hechizar los humanos corazones!
¡Bello rayo de gloria, que ideaba
reflejar en la Patria! ¡Todo ahora,
todo desaparecido!
¿A dónde, a dónde ha ido
de la niñez feliz la ingenua risa
pagada por la madre con un beso?
¿Dónde el primer amor, dulce embeleso
de la vida, y las fieras tempestades,
y los dorados sueños de ventura,
y las horas de dicha y las de llanto,
y las horas de gloria y de amargura?
Selló la muerte con su mano helada
la losa del sepulcro, y el olvido
sobre ella echó su perdurable manto;
y se escucha una voz que nos enseña
que todo es vanidad de vanidades
y sólo la virtud eterna dura.

¡Adiós, oh sol! ¡Estrellas fulgurantes
que brilláis en el velo de la noche
cual chispas de diamantes!
y vos, ¡oh patrio río,
oh Sugamuxi mío!
¡Bellos campos que inunda

una ola de fragancia,
donde gocé de paz dulce y profunda,
en los risueños días de mi infancia!
¡Adiós, oh pobre iglesia de mi aldea,
recostada en musgosos pedrejos,
y en torno rodeada
de árboles que sembraron mis abuelos;
cuya mudable sombra
mal encubre a mis ojos
los blancos paredones,
el alto campanario y techos rojos!
El polvo vuelve al polvo
en silenciosa paz, hasta que suene
el ronco són de la final trompeta,
y las regiones del sepulcro llene;
y como el huracán barre la hoja
de los bosques, marchita,
del pecador Adán toda la raza
el Angel, a rendir estrecha cuenta
ante las plantas del Señor recoja.

Y mientras tanto allí, ¿qué necesita
ese poco de polvo que ha quedado
y que se llama el hombre? Un paño negro
que el pavimento de la iglesia enlute,
el ataúd común que en la parroquia
a los pobres recoge, y cuatro cirios
cuya luz vacilante
caiga sobre el semblante
del que finó, y las manos
que piamente abracen amorosas
la Cruz del Redentor sobre su pecho,
cual de una tabla el náufrago se agarra
cuando en el mar, en temporal deshecho,
sopla el austro y retumba
sordo el trueno, y el rayo
de negras nubes el montón desgarrá.

Cubra mi cuerpo el manto
de color de la pálida ceniza,
que en hombros de los hijos de Francisco
ha paseado el mundo
llevando las ovejas descarriadas
del eterno Pastor al grande aprisco.
Oigase solamente
encima de mi tumba
la voz del sacerdote
que por misericordia y perdón clama,
y llueva cual rocío refrescante

en campo erial de aridecida grama;
mas no venga con eco estrepitoso
a resonar allí comprada orquesta
de variado instrumento,
voz calculada, hipócrita lamento.
Suba abundante incienso en blanca espíra,
que las bóvedas llene, y en contorno
del enlutado féretro, piadosas,
como sordo rumor de manso río
que golpea la orilla,
resuenen muchas veces
con perdón y clemencia,
al cielo alzadas doloridas preces;
y no lámparas ciento
de oro bruñido y de brillante plata;
no amarillos blandones
con luces sulfurosas y cambiantes
quiebren la oscuridad del templo grata,
entre velos flotantes
con caireles de gasa y de crespones;
ni la carroza fúnebre, cubierta
de coronas, se mueva, con airones
de movedizas plumas,
a la región del sempiterno luto;
ni del coro le siga la armonía
con la voz estruendosa de la orgía,
de una falsa amistad sólo tributo
y de mentido amor; y que no venga
a pronunciar de la Virtud el nombre
sobre el polvo de un hombre,
gran pecador, en estudiada arenga;
que oírse allí no debe
la voz pagana y triste:
"La tierra te sea leve",
mas la del sacerdote,
voz de resurrección y de esperanza
que nos promete vida más dichosa:
"Oh, luzca sobre ti la luz perpetua
con los Santos de Dios, y en paz descansa!"

¿Qué a mi con la corona
de verde mirto entretejida, y flores
con que el ingenio y la virtud blasona?
Bien poco necesita
de un pecador el cuerpo amortajado
para dormir en paz su último sueño;
un espacio pequeño,
siete palmos de tierra en la bendita
mansión que ha de habitar eternamente,
que en medio de los árboles se empina!...

de soledad cercado;
donde no se distingue, entre la alfombra
de florecida grama,
de otras tumbas su tumba a que haga sombra
rústica cruz de mal labrado leño.
El perdón del Señor bástele sólo,
sin que a su gloria necesario sea
grabado en el altivo mausoleo,
título vano de mentida fama
que el admirado pasajero lea.

Y tal vez por la tarde,
cuando la luz con las tinieblas lucha,
ave viajera detendrá su vuelo
en la cerca de espino
que guarda el camposanto,
y tupen con festones
la zarza y la silvestre capuchina;
y soltará de allí su dulce trino
al sol, que muere, al céfiro, a la rosa
que deshojada por el polvo rueda,
al sauce babilónico, que inclina
como llorando, lánguida la frente;
y al cercano torrente
de nuestra vida imagen,
que borbotando baja,
en raudo torbellino,
de una en otra laja,
con ondas espumosas cristalino;
canto que es un remedo
de la canción sencilla
del poeta difunto, o cual memoria
del antiguo bien perdido
y de dicha fugaz y transitoria.

Luégo las negras sombras de los Andes
se irán haciendo cada vez más grandes;
del pueblo oírse lejos el murmullo,
cual voz de un río entre las piedras sorda;
y más lejos el fúnebre lamento
con que en la grey el toro padre muge,
y el chirrido del carro
que de puro repleto se desborda,
y atormentado con la carga cruje;
luégo el agudo són de la campana
volará al monte, al valle, a la alquería,
saludando a la reina Soberana;
luégo saldrá la luna difundiendo
sus secretos de gran melancolía;

luégo sombra y silencio...
y después morirá por fin el día.

Y siempre ¡oh Dios! así; y años tras años,
siglos tras siglos rodarán las olas
sobre la humilde tumba del poeta,
que en tiniebla, en silencio duerme a solas,
hasta que lo despierte
del pavoroso sueño de la muerte
el ronco són de la final trompeta!

LA GOLONDRINA

¿De dónde vienes tú con sesgo vuelo,
alegre golondrina,
ahora que el sol el espacioso cielo
de fuego con raudales ilumina?

¿De dónde vienes ahora
que el monte y la colina
se ornan de nueva flor y nueva grama;
ahora que el torrente fragoroso
por el campo oloroso
sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estación de las tormentas,
ya las alegres horas van danzando,
y de arrayán y flores mil coronas
sobre el paterno campo derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido,
tu otero conocido;
y ese en que tu ala fugitiva rasa,
es tu claro torrente;
y ese, tu dulce nido
que en el alar saliente
vuelves a hallar de nuestra pobre casa.

¡Oh! ¡sigue revolando vagarosa,
y sobre el campanario de la aldea
un momento reposa!
Desde allí todo el campo se domina,
y las mieses que suave el viento orea,
y el lejano molino, y la musgosa
alta cruz del blanqueado cementerio

¡Tiende la vista desde allín gozosa,
y contempla tu Patria deliciosa!

Al primer trueno del oscuro invierno,
y las lluvias primeras,
volaste abandonando las praderas
y tu apacible hogar y nido tierno.
¿A dónde entonces fuiste
con ala infatigable,
dejando atrás el horizonte triste
cubierto de tiniebla,
en cuyo oscuro seno el sol de mayo
mal alcanzaba a disipar la niebla,
donde a intervalos con horror lucía
de tormentosa nube el presto rayo?

¿Es venturoso, díme,
el indio entre su selva primitiva,
a quien la ley no oprime
y la cerviz altiva
tan sólo en el Desierto
inclina al Grande Espíritu Sublime?
¿O le siguen do quier las mismas penas
y del alma las mismas tempestades,
y el pobre corazón lo mismo gime
que en las grandes ciudades
en medio de las vastas soledades,
oprimido de bárbaras cadenas?
¡Oh! que también en el Desierto crecen
flores para adornar la sepultura;
¡también brillan al sol de sus sábanas
lágrimas de dolor y de amargura!

En mi primera edad, con la luz pura
del sol, en el umbral de humilde techo
la banda de ruidosas golondrinas
miraba, henchido de placer el pecho,
ir y volver, y revolar contentas
de la pajiza choza
a la extensa llanura,
cual pasa pronta y viva
la luz de las tormentas,
rozando con el ala fugitiva
ya sobre la arboleda majestuosa,
ya sobre el ancho, azul, tranquilo lago,
ya sobre la era antigua que llenaba
la flor del amarillo jaramago.
Cuando era niño, en casa de mis padres,

dejaba yo que se muriera el día,
y de las salas lóbregas, desiertas
empujaba las puertas;
o los duros cerrojos con trabajo
de la antigua capilla descorría,
y a descansar entraba
de golondrinas banda innumerable:
yo de un varal larguísimo auxiliado
y de otros niños de mi edad seguido,
por techos y cornisas implacable,
sin respetar el inocente nido,
a la avecilla tímida acosaba
que prisionera luégo
a una cárcel tristísima pasaba.

Mi sueño sin sosiego
al clarear el alba interrumpía,
y a cortarles las alas temblorosas,
maligno niño, súbito corría.
Hoy es, ¡aún lo recuerdo! los chirridos
de la avecilla dan en mis oídos,
y forcejeando trémula la veo,
y aún siento entre mi mano
de sus alas el rápido aleteo.

Una, y fue la postrera
infeliz prisionera,
con doloroso pío
enterneció mi alma
y de repente dije:
“¡Pobre! ¡vuelve a su campo!” y al momento
abrí la débil palma,
¡y ella rasgó precipitada el viento!

¿A dónde huyó veloz el claro día
de inocencia, de paz y de contento
de la niñez afortunada mía!
Tú volviste, avecilla venturosa,
a tu nido y los campos paternos,
sobre el ala del aura sonora,
pasados los funestos vendavales
cuando en el puro ambiente se difundió
de los floridos campos la fragancia;
¡mas a mi pobre corazón no vuelve
la dulce paz de su dichosa infancia!
